

# Para una diosa blanca de Hugo Arquímedes

Joaquín-Armando Chacón

Tres caras, no tres rostros,  
porque la escultura tiene otros significados  
nutriéndose de la fuente del misterio  
cuya llave descansa en el lecho de sueños ancestrales.

Tres figuras en un único cuerpo,  
bronce, líneas, ilusión tangible,  
como Justine en el espejo de aquella Alejandría  
descrita por Durrell —aquel que dijo  
con una mujer sólo podemos hacer tres cosas:  
amarla, sufrir o producir arte—.

Venus inmóvil  
adornada por su propia luminosidad,  
imagen torturante de lo imposible,  
posibilidad única de la pasión del joven maestro.  
Admirable sencillez del clasicismo sin tiempo.

Antes de la materia y del territorio del origen,  
antes de todo principio está La Mujer,  
punto equidistante de todas las latitudes.

Ah, si pudiéramos soplar frente a ella  
la suave brisa de la niebla de la vida.  
Ah, si pudiéramos encontrar el rostro  
oculto en el lado oscuro del espejo.

Allí estaría la materia del misterio que nos mira.